

BUFEOS

Marina Nill



Fotografía y diseño de tapa:
Hernán Scheller

Diseño Editorial D: Pascual Ibarra

Adhesión de SADE – Corrientes

Edición a cargo de Editorial D

La autora conserva todos los derechos.

Contacto: marinanill@gmail.com

Nil, Marina

Bufeos : existen y están al acecho . - 1a ed. -
Resistencia : el autor, 2008.
Internet.

ISBN 978-987-05-4940-6

1. Narrativa Argentina . 2. Novela. I. Título
CDD A862

Fecha de catalogación: 14/08/2008

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

Libro de edición Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna, ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita del titular del Copyright.

Agradecimientos

Especialmente, a los psicólogos y médicos psiquiatras que me ayudaron en la introducción al psicoanálisis y en la revisión y corrección de los casos:

Lic. Norma Risso Patrón

Lic. Ángel Olivello

Dr. Amelio Presman

Y muy especialmente a las Dras. Marisa Laura Bozikovic y Electra Kees.

A la profesora Claudia Goy y a Lili Bulacio, por la corrección del libro.

A Hernán Scheller, por la portada para la obra.

*A Paramahansa Yogananda, autor de **Autobiografía de un yogui**, obra que me ayudó a encontrar mi propia “casa de los tesoros”.*

Importante

La Dra. Evangelina Devoto es un personaje de ficción. Su técnica revolucionaria está basada en la milenaria filosofía hindú, que se contrapone en gran medida con lo planteado por el psicoanálisis académico. Sus enfoques, su trato a los pacientes y el compromiso que asume con cada uno de ellos, tienen más que ver con el ideal popular de un médico que con la realidad.

***Bufeos** es una historia ficticia. Sin embargo, comienza y termina con hechos que fueron reales, y también algunos de los casos de la Dra. Devoto están basados en historias verdídicas; pero el desarrollo y desenlace de los mismos es completa creación literaria.*

A manera de Prólogo

Al referirse a la concepción y concreción de una obra teatral, el dramaturgo argentino Marcelo Bertuccio la caracteriza como "un sistema de indagaciones", en el cual, a través del texto emergente —y subyacentes a él—, distintos niveles (psicológico, social, histórico, ideológico, estético) se relacionan y se plasman en una totalidad donde lo diverso encuentra su punto de unidad y lo complejo se muestra simple, ante la mirada desprevenida del receptor.

La alusión a Bertuccio cabe también para la narrativa, en general, y para BUFEOS, la novela de Marina Nill, en particular.

En ésta, el relato se despliega como un colorido mapa, en donde distintos signos y señales proponen al lector internarse por diferentes rutas, obligándolo —por mérito propio— a un sostenido ejercicio de atención e interés en procura de encontrar el camino "correcto", a fin de arribar a la revelación de la verdad oculta y ocultada.

Lo que en el ejemplo de Bertuccio se resuelve en la escena ante el espectador, en la narración debe resolverse en la historia y en el discurso ante el lector. Hacia esa resolución se encamina cada paso del principal personaje, la psiquiatra Evangelina Devoto.

El psicoanálisis, el esoterismo, las leyendas, la ciencia, la religión, la mitología, la sociedad, la cultura: universos profundos e intensos, puertas abiertas para

indagar lo inmensurable. Se entrecruzan, se entrelazan, se imbrican y se articulan con lo cotidiano en una amalgama que mantiene en suspenso a los lectores y no le concede a la doctora Devoto tiempo ni espacio para el mínimo descanso. Bien le cabe a la protagonista la etimología griega de su papel (protagonista: la primera que agoniza).

En efecto, Evangelina indaga, investiga, interroga. Va y viene por senderos que se bifurcan como los de Borges. Se pregunta y pregunta. A los otros, a su profesión, a la vida. Descorre los velos que nadie quiere tocar y se asoma a las ventanas por las que nadie se atreve a mirar.

Y como en la tragedia griega, la transformación es inevitable. "Sabía que sentiría un desgarró en el corazón, como si fuera el simbolismo de un adiós" (nos cuenta el narrador). Adiós al que "se había negado a asumir, pero, después de todo, la única razón de que la hubiera conservado, era para legársela algún día a su hija. Y el día había llegado".

Como ha llegado el día, amables lectores, de abordar a esos seres inefables que "existen y están al acecho".

Luis Argañarás, profesor en Letras
y Director del Área Literaria
de la Subsecretaría de Cultura
de la Provincia del Chaco

Todos los años, sacaba una caja del fondo de su ropero, de debajo de la ropa de invierno prolijamente guardada. Era una caja de zapatos, muy vieja. Era curioso que el período más importante de su vida, el que había hecho posible todo lo que vino a continuación, cupiera aquí. Un cuaderno de apuntes en excelente estado, unas cuantas fotos, unas cartas, una entrada al cine, la hoja de un periódico...

Años atrás, cuando esto era reciente, su corazón dolía a morir con sólo recordar la existencia de la caja. La única manera de poder abrirla era tener a Celeste cerca, estar conversando con ella de asuntos ajenos. Luego, Celeste creció y empezó a preguntar. Para entonces descubrió que podía revivir aquellos momentos nostálgicamente, sin aquel dolor lacerante. Y aprovechaba cuando Celeste estaba en casa de sus amigas para recordar.

Ahora no sentía nada al revisar el gastado contenido. Era como recordar una vieja película, como revisar los tesoros de alguien más. Hasta creía poder deshacerse de todo eso sin lamentarlo. Pero sabía que lo sentiría por Celeste. Aquí estaba su pasado, su origen. Algún día, cuando madurase, cuando fuera más sencillo hablar con ella de temas profundos y complejos, podría obsequiarle la caja y explicárselo todo.

Algún día... Tantos años llevaba repitiéndose lo mismo, que ya no lo creía. Cuanto más tiempo pasaba, más difícil vislumbraba todo. Algún día...

Capítulo 1

Nada hacía prever la tempestad que se estaba gestando. El calor, a esta altura del año, era inevitable y alguna que otra tormenta, factible, pero nadie esperaba algo de tal magnitud.

Poco después de las siete de la mañana, una brisa sospechosa comenzó a agitar las copas de los árboles y las breves faldas de aquellas osadas que recién regresaban a casa luego de una noche de baile y tragos. El viento pronto se violentó con una fuerza inusitada. Muchos de los que aún esperaban impacientes en la parada del autobús, lo pensaron mejor y regresaron a la seguridad de su hogar.

No fue el caso de la doctora Devoto. Para cuando la brisa mutó en un vendaval arrollador, ya estaba en el interior de una unidad, apretujada contra el resto de los pasajeros como sardina en lata. Preocupada, pensó en su hija, Celeste, que en estos momentos estaba yendo en bicicleta hacia la facultad. Ya sería un contratiempo que lloviera, pues aquella zona quedaba totalmente inundada, pero estos vientos... eran de temer.

Mientras se equilibraba aferrándose al pasamano, chocando contra otros pasajeros a causa de las bruscas maniobras del chofer, alegró sus pensamientos con la expectativa de la cercana Navidad. ¡Solamente faltaban dos días! Ya tenía todos los obsequios, que por una cuestión de excesiva antelación —y recordando lo desagradables que se tornaban las compras a última hora, con el calor y el gentío amontonándose

en las tiendas— tenía escondidos en un cajón de su ropero desde hacía un mes.

Lo más probable era que nuevamente fueran todos en alegre manada donde la vieja tía Luli. En todo caso, a pesar del contento que implicaba volver a encontrarse, a Evangelina no la hacía demasiado feliz la perspectiva de compartir la velada con tanta gente. Tíos, primos, los hijos de los primos... En definitiva, podría saludarlos y verlos, pero difícilmente tendría una conversación profunda con alguno. Y durante el año estaban todos tan ocupados, que postergaban las visitas una y otra vez... hasta las fiestas de fin de año.

Un crujido fuerte seguido por una especie de temblor interrumpió sus pensamientos. Al observar a través de la ventanilla vio tumbado, atravesando la calle de vereda a vereda, exactamente donde acababa de pasar el ómnibus, un gigantesco chivato. Mientras ella permanecía aturdida, el resto de los pasajeros emitían exclamaciones de susto y asombro...

La verdadera dimensión de la catástrofe asomó desde el trayecto de la parada hasta su lugar de trabajo. En casi todas las cuadras había por lo menos un árbol caído. Algunos habían arrastrado consigo un lío de cables; los vecinos conversaban entre ellos, fastidiados ante la perspectiva de permanecer vaya a saberse cuánto tiempo sin energía eléctrica, línea telefónica o televisión por cable. La plaza central parecía un campo de guerra. Pero hasta donde se alcanzaba a ver, los daños eran solamente materiales. Hasta el momento no se había oído la sirena de la ambulancia.

Cuando faltaba apenas una cuadra para llegar a la clínica, empezó a diluviar. La doctora corrió prove-

chando la comodidad de sus zapatillas. A medida que se acercaba, podía observar con mayor nitidez las palabras armadas con gruesas letras plateadas al frente de la construcción. *ANANDA. Centro de Atención Psiquiátrica con Internación.* Sonrió como cada vez que recordaba el momento cuando le sugirió el nombre al director de la nueva institución. Ananda significaba felicidad, explicó. Lo que omitió convenientemente, fue que en idioma hindú. Tampoco se lo preguntaron. Como estaba tan de moda usar palabras aborígenes, se dio por sentado que sería “felicidad” en alguna de esas lenguas.

Antes de ingresar, se sacudió el cabello y limpió la suela del calzado sobre el pasto. Le echó una rápida mirada a su reloj pulsera: Celeste debería haber llegado ya a destino; lo rogaba. Luego pensó que con semejante temporal lo más probable era que sus pacientes no asistieran. Aunque quizás esto fuera pura alharaca, y en un par de horas todo volvería a la normalidad.

En la recepción tenían encendida la radio, y todos se habían amontonado para escuchar las últimas noticias. La saludaron rápidamente, sin prestarle atención. El locutor estaba leyendo los informes sobre techos y carteles comerciales que habían volado debido a vientos huracanados que llegaron a los 125 kilómetros por hora, y la cantidad de árboles que cortaban el tránsito cada dos o tres cuadras ascendía a cada minuto de manera escalofriante. Algunos habían aplastado algún infortunado vehículo, pero hasta el momento no se registraban víctimas.

La doctora maldijo, entre dientes, el temporal. ¡Esto nada más faltaba! ¡No solamente se moriría de ca-

lor este verano; tampoco tendría el respiro de las frondosas sombras que la protegían de asarse viva bajo los hirientes rayos del sol! ¡Y hasta que alguien los reemplazara...!

Entró a su consultorio resoplando y sacudiendo la cabeza. Acomodó las carpetas primero y después encendió las luces. El lugar era pequeño y muy acogedor. Cerca de la única ventana —que daba al amplio jardín— había dispuesto un par de cómodos sillones y una mesita ratona al medio, en cuyo centro se lucían una carpeta tejida al crochet y un jarrón con flores naturales, que cambiaba cada vez que comenzaban a marchitarse. Desde su regreso de Buenos Aires, donde había realizado el primer tiempo de ejercicio en la profesión en una importante clínica de salud mental, no había vuelto a usar diván; seguramente esa era la diferencia más llamativa entre su consultorio y el de cualquier colega.

Las paredes estaban pintadas de un celeste delicado, con algunos detalles en amarillo pálido, porque tras varios años de trabajo, la doctora había descubierto que era el color que mejor funcionaba para su propia relajación y concentración. Puesto que de su propio estado dependía la ayuda que pudiera brindarle a sus pacientes, consideraba tan significativa su propia comodidad como la de ellos.

Había una biblioteca importante contra una de las paredes laterales, tan repleta que algunos libros se apilaban de manera desordenada sobre los prolijamente alineados en los estantes. Un equipo en el cual invariablemente sonaba música suave, un llamador de ángeles en las cercanías de la ventana y un escritorio

moderno junto con una cómoda silla con rueditas ubicados en un rincón del consultorio completaba el mobiliario. La doctora Devoto había comprobado —como tantos otros antes que ella— el efecto casi mágico que podía ejercer la música sobre el estado de ánimo y la disposición de la gente. El llamador de ángeles era un detalle, que de acuerdo con quién la visitara podía o no dejarse, pues a veces provocaba el efecto contrario y terminaba arruinando la sesión. Y el escritorio era su rincón de trabajo en el poco tiempo que le quedaba libre, a veces, entre un paciente y el siguiente.

El primer paciente de la jornada tendría que haber sido Martin Breck, un muchacho de veintitrés años, cuya tormentosa historia familiar le había provocado un carácter dominante e hipersensible, con tendencias suicidas. La doctora sabía muy bien que el ochenta por ciento de los suicidas hablaban de la muerte con sus seres queridos por lo menos un mes antes de ejecutar su plan, por lo que no subestimaba las amenazas del joven. Estaba ansiosa por tener esta primera entrevista con él, para conocerlo, oír más detalles de su situación límite, y evaluar hasta qué punto estaba considerando seriamente quitarse la vida.

De Martin conocía solamente su voz, potente y angustiada, a través del teléfono, y las referencias que otro paciente suyo le había dado sobre él antes de preguntarle si podía atenderlo. Había esperado este día con gran expectativa, pues su pasión era, justamente, trabajar con jóvenes, pero a Martin Breck seguramente lo había sorprendido la tormenta, porque no acudió a la sesión. Tampoco le telefoneó para avisarle. La doctora estaba resignada a situaciones de

esta clase. Solamente esperaba que el impedimento fuese la tormenta, y no que el muchacho hubiera cambiado de idea con respecto a la terapia.

El timbre del teléfono, potente, sonó una vez, y Evangelina pegó un respingo. ¡Éste debía de ser Martin! Mientras respiraba hondo para tranquilizar su corazón, alzó el tubo y respondió.

—¿Doctora Devota?

No era Martin Breck. De inmediato reconoció la voz de Marcelo Falcón, un prestigioso colega de Corrientes.

—¿Tendrás un espacio en tu agenda para mí hoy?

—¿Con este temporal?

El doctor Falcón se echó a reír. Unas cuantas gotas no lo amedrentaban, y en todo caso, todavía faltaban muchas horas para el ocaso. Tenía un asunto urgente para comentar con ella; no quería postergarlo más.

Evangelina abrió su agenda. Lunes 22 de diciembre. En realidad, tenía la jornada completa, pero quizás...

Marcelo la interrumpió.

—¿Y si te invito a cenar? Te podría comentar esto y ponernos al día en otros temas...

Evangelina estuvo de acuerdo. Se encontrarían en un conocido restaurante céntrico, a las nueve de la noche. Eso les daría tiempo de cruzar tranquilamente el puente a él, y de ducharse y ponerse cómoda a ella.

En realidad, no sentía curiosidad por la consulta de Marcelo. La mayoría de los colegas con quienes mantenía amistad era tan estrecha de miras, que a menudo acudía a ella informalmente sólo para preguntarle qué haría en su lugar, para luego ponerse a

discutir lo poco ortodoxo que era. Cansaba de tan repetitivo. Sin embargo, sabía que había ayudado a más de uno a salir del paso; entonces, no por sus colegas, sino por el bien de los pacientes —que si acudían a ellos era porque necesitaban ayuda—, consentía en sostener el juego a pesar del aburrimiento y el fastidio.

Capítulo 2

Martin Breck la llamó esa noche. La doctora tenía por costumbre darles a sus pacientes el número de su teléfono móvil, por si sufrían un percance fuera del horario de consultorio. Claro, no había sido el caso. Sucedió que el huracán había derribado cuatro árboles en la cuadra de su casa, que arrastraron consigo líneas eléctricas y telefónicas, y como se trataba de un barrio de la periferia seguramente tendrían para rato hasta que las arreglaran. Además, la lluvia los había dejado bajo agua. Ahora mismo, Martin la estaba llamando desde un locutorio céntrico. Estaba desesperado. Su hermano había salido de juerga la noche del domingo y todavía no había regresado; en caso de que algo le hubiera sucedido, no tendrían manera de saberlo...

Evangelina alejó el teléfono de su oreja con un gesto de aturdimiento: Martin hablaba precipitadamente y en tono lastimero. Respiró hondo y luego lo interrumpió. Había pensado en esperar que pasara la Navidad, pero en vista de lo mal que estaba, lo recibiría el día siguiente, a última hora de la mañana. Martin la colmó de besos a través del aparato, y ella se despidió brevemente.

—¡Maldita lluvia! ¡En toda la tarde, no escuché hablar de otra cosa! —rezongó luego, recordando que incluso Celeste no había tocado otro tema durante el almuerzo, quitando un breve “me parece que me fue bien en el final”.

—El tornado tumbó como cien árboles; incluso podrían llegar a ser más —le recordó Marcelo Falcón, mientras le hacía señas al mozo—. Es lógico que todo el mundo lo comente. Calles cortadas, techos volados, gente privada de los servicios básicos, autos aplastados... Escuché que la municipalidad declaró estado de emergencia hasta el 31, y que pidieron alrededor de cinco millones de pesos en calidad de aportes del tesoro nacional para afrontar los daños económicos. ¡Es increíble que hasta ahora no se hayan mencionado víctimas!

A pesar de haber vivido en Corrientes desde muy joven —concretamente, desde que comenzara con la carrera de Medicina— Marcelo era en realidad chaqueño, nacido en Presidencia Roque Sáenz Peña. Los vaivenes de la vida misma, de los cuales el matrimonio no era el más importante, lo habían anclado en Corrientes. Aun así, jamás pudo cortar los lazos con su terruño. Tampoco perdía la ocasión de aseverar que algún día regresaría al Chaco. Mientras tanto, atormentaba a todo el mundo con su conocimiento cabal de todos los acontecimientos del otro lado del puente, en tanto que apenas le prestaba atención a los más notables del propio suelo que pisaba.

Marcelo Falcón era lo que Evangelina denominaba “otro maldito freudiano”, influida por un colega admirable de sus primeros tiempos, que consideraba al estudio de la mente como una ciencia viva. Nada de lo dicho anteriormente por los grandes referentes podía tomarse al pie de la letra, aseveraba aquel psiquiatra, pues cada uno había creado su teoría con base en su historia personal (en primer lugar) y en un tiempo y

espacio que nada tenían que ver con los actuales, y esto era indefectible. Sí se podía —y se debía— utilizarlos como una firme plataforma que permitiera escalar a niveles más profundos, pero así como en su momento ellos habían espantado a la sociedad con sus descubrimientos sobre el funcionamiento de la mente (que ahora todos aceptaban como lo más lógico) ¿por qué no habrían de seguir investigando e innovando, en beneficio de sus pacientes?

Recién recibida, ella también había abrazado su irremediable destino de freudiana, hasta que la vida puso ese maestro en su camino. Con él aprendió los procesos universales de maduración de la mente. Se apasionó tanto en el estudio y la puesta en práctica de tales ideas, que durante mucho tiempo convivió con el mote de doctora *new age*, con el que sus colegas convencionales castigaban su aparente falta de seriedad. Sin embargo, más de veinte años de experiencia y ninguna mancha en su carrera avalaban su metodología.

Sus colegas —incluso los mejores— tampoco se manejaban de la manera apropiada. La mayoría se asentaba cómodamente en la escuela que más le placía y forzaba a sus pacientes a adaptarse al método, cuando lo correcto hubiera sido ver qué necesitaba el paciente e ir adaptando la terapia a sus avances. Era, por ejemplo, el caso de Marcelo Falcón. Aunque quitando eso, Evangelina no tuviera nada más que criticarle.

Ordenaron la cena e hicieron los comentarios de rutina. Evangelina alardeó unos minutos de su hermosa e inteligente hija, que después de haber aban-

donado Veterinaria y Letras en el primer año, finalmente halló la vocación de su vida en Ciencias Económicas, carrera en la que avanzaba admirablemente. Marcelo mencionó que su primogénito, Adrián, médico cirujano, había sido aceptado en una prestigiosa clínica en la ciudad de Corrientes. De los pequeños Lautaro y Noelia —frutos del segundo matrimonio— no había mucho para contar: habían pasado de grado con muy buenas notas.

Cuando el mozo les sirvió el pedido y se retiró, Marcelo cambió el tono de la conversación.

—Necesito derivarte una paciente —le dijo.

Evangelina frunció el ceño. Aquello no era habitual. Una cosa era que le consultaran alguna duda y otra muy distinta que se deshicieran de un paciente. Debían existir razones de mucho peso para tomar semejante decisión.

Satisfecho con el efecto provocado, Marcelo procedió a relatarle la extraña historia.

Mara Santos, de veintitrés años, era hija de unos parientes de su primera esposa. Debido a los prejuicios de su familia, más preocupada en aparentar que en el bienestar de la muchacha, no había podido avanzar en el caso, pues el parentesco complicaba su situación, al verse impedido por consideración a su exmujer y Adrián, de iniciar acciones legales.

Se la habían llevado en noviembre a su casa. ¡Y de qué manera! Con la pobre mujer de la limpieza. De su bolsito maltrecho ella sacó un sobre gordo en billetes de cien pesos, que pretendían ser la paga por un par de meses. Cuando él se negó a aceptar tanto el dinero

como la joven, la mujer se echó a llorar y le confesó que el padre no la recibiría de vuelta.

—Como si hubiera sido un paquete que despachó sin los datos del remitente —añadió, indignado.

Ambos tenían hijos, y les resultaba imposible imaginar qué clase de padre sería capaz de semejante conducta. Luego de compartir con Evangelina una mirada de muda desaprobación, Marcelo continuó.

—Tuve que acompañarlas de regreso, porque la mujer estaba aterrorizada y me amenazó con abandonarla en la calle.

En realidad, solamente pudo llevar a la muchacha, porque la mujer huyó despavorida, dejándole el dinero. Marcelo cogió también el sobre, mientras refunfuñaba por el contratiempo que todo esto implicaba. Hasta entonces, casi no había reparado en Mara, una prima en segundo grado de su esposa, muy bonita y silenciosa, que observaba todo con enormes ojos curiosos...

De repente, ya en el interior del auto, se dio cuenta de que no era curiosidad, sino vacío. Intentó conversar con ella, pero fue imposible. La joven ni siquiera reparaba en su presencia.

Sabía dónde vivía de casualidad, porque una vez había llevado a Adrián a una fiesta de cumpleaños de Mara, y tenía una excelente memoria. Cuando llegaron, condujo a Mara de la mano hasta la puerta principal, y tocó violentamente el timbre. El crepúsculo pintaba algunas tímidas nubes de rosado y celeste. Fue lo último hermoso que vio aquel día. La puerta fue atendida por el padre de Mara, que se puso furioso al ver a su hija de vuelta. No hubo manera de conversar

civilizadamente con él. Al final, Marcelo le tiró su dinero en la cara y le gritó que tendría que ingresarla en la clínica respetando los trámites de internación; que cómo diablos se le había ocurrido enviársela a su casa, y se alejó gesticulando y gritando de impotencia.

Apenas una semana después, cuando aún le duraba el disgusto por el episodio, al llegar a la clínica su secretaria le avisó que acababan de internar una paciente, con el pedido expreso de que fuera atendida por él. Era Mara Santos...

Falcón era un médico ortodoxo: tenía por norma no atender familiares, amigos ni conocidos, porque sabía que resultaba imposible mantener la imparcialidad en esos casos. Sin embargo, como nunca había tenido ninguna relación con esta muchacha ni su familia —quitando un saludo de cortesía en alguna reunión familiar y su altercado con el padre días atrás— se permitió hacer una excepción.

Lo primero que observó en Mara Santos fue un estado de mutismo. Tras hacerle unas pruebas descartó que fuera voluntario. Intentó conversar con ella en diferentes ocasiones; en ninguna tuvo éxito. La joven permanecía con la mirada perdida, como si ni siquiera se percatara de su presencia. Tenía particular predilección por los jardines; buscaba los rincones soleados y era capaz de permanecer allí por horas, hasta que el asistente terapéutico la llevaba de regreso al edificio.

Ordenó un chequeo clínico general, para descartar un problema metabólico. Todo lo que revelaron los resultados fue una anemia tan leve, que casi no mere-

cía ser mencionada. Curársela fue lo único que pudo hacer por ella.

Dio por sentado que la paciente había atravesado por un hecho traumático que había desencadenado en el estado actual. Sarcásticamente, alegó que el hecho de tener semejante padre era bastante; pero retomando la seriedad que el caso demandaba, se sentía atado de pies y manos. Intentó de buena manera entrevistarse con los padres de la muchacha para solicitar información básica, sin la cual no podía avanzar, pero jamás se dignaron a recibirlo. Como si realmente no les importara el destino de la hija. Su exmujer, por otra parte, nunca había tenido una relación demasiado estrecha con esa prima, por lo que poco y nada podía responder a sus preguntas.

Le quedaba una opción: solicitar la intervención judicial. En este punto se complicaba el panorama. La paciente no sólo era familiar de su exmujer: también compartían el apellido. Y puesto que el padre de la joven era un personaje muy conocido de las altas esferas sociales de Corrientes, un escándalo en caso de involucrar a la justicia era casi inherente. No le importaba el viejo, pero sí le preocupaba el alcance que eso pudiera tener en su hijo. Él mismo no podía ser el promotor de aquello.

—Claro, entonces delegás en mí la decisión: hago justicia y arruino la carrera de tu hijo, o cuido los intereses de Adrián y cargo sobre mi conciencia a esa pobre muchacha.

Marcelo Falcón sacudió la cabeza.

—No seas extrema, Devota. Soy **yo** quien está en un callejón sin salida, a causa del parentesco. ¡Imaginate

que la noticia llegue a los medios! No puede ser **mi** nombre el que figure como acusador.

Evangelina reflexionó un momento. Disfrutaba con los desafíos, pero su especialidad nunca habían sido los pacientes de estas características. Desde finalizada su residencia, casi no había tenido que vérselas con ninguno afectado al punto de ni siquiera comunicarse con su entorno. Todos los que llegaban hasta ella lo hacían de manera lúcida y voluntaria, sabiendo que su tratamiento era diferente del de la mayoría de sus colegas, con la esperanza de conocerse a sí mismos para solucionar de raíz sus conflictos. Todas sus técnicas revolucionarias se irían al diablo con esta joven. Sin embargo, si se negaba, lo hacía a sabiendas de que Falcón había agotado sus limitados recursos...

Odiaba que la pusieran en tremenda encrucijada, pero no tenía sentido pedirle unos días para pensarlo. Darle vueltas y vueltas al asunto no la ayudaría a ver más claro. De modo que a regañadientes, sin alcanzar a vislumbrar aún el lío en que se podía estar metiendo, asintió con un único movimiento de cabeza.

—Pero explicame primero cómo vas a hacer para traerla a Resistencia, si su padre pidió expresamente que la atendieras vos.

—A eso dejalo por mi cuenta. En un santiamén lo soluciono.

—De acuerdo. Pero prolongá el santiamén a los primeros días de enero. Quiero concentrarme en ella apenas la mandes, y las fiestas no son el mejor momento.

Marcelo Falcón asintió, sonriente.

MARINA NILL

Terminaron la cena hablando de otros temas. Luego, gentilmente, él la acercó en auto a su hogar.

